

CAPITULO II

El materialismo filosófico después de Kant.

Los países donde ha nacido la filosofía moderna vuelven á la vida real, en tanto que la metafísica permanece en Alemania.—Marcha del desarrollo intelectual de Alemania.—Causas de la renovación del materialismo; influjo de las ciencias de la naturaleza; Cabanis y el método somático en fisiología.—Influencia del hábito de las polémicas filosóficas y de la libertad de pensamiento. Tendencia hacia la filosofía de la naturaleza.—Evolución al realismo después de 1830.—Feuerbach.—Max Stirne.—Decadencia de la poesía; desarrollo de la industria y de las ciencias de la naturaleza.—La teología crítica y la joven Alemania; movimiento creciente de los espíritus hasta el año 1848.—La reacción y los intereses materiales; nuevo vuelo de las ciencias de la naturaleza.—Principio de la polémica materialista.—Büchner y la filosofía.—Büchner; detalles personales; es influenciado por Moleschott; obscuridades y defectos de su materialismo.—Moleschott es influenciado por Hegel y Feuerbach; la teoría del conocimiento de Moleschott no es materialista.—Posibilidad del materialismo después de Kant.—El imperativo categórico; contentáate con el mundo dado.—Czolbe.

Inglaterra, Francia y los Países Bajos, verdaderas patrias de la filosofía moderna, abandonaron á fines del siglo último (xviii) el teatro de las luchas metafísicas; desde Hume, Inglaterra no ha producido ningún gran filósofo, á menos que no se quiera otorgar este título al penetrante y vigoroso Mill; un vacío semejante existe en Francia entre Diderot y Comte; sin embargo, en estos dos países encontramos en otros terrenos progresos y revoluciones muy grandiosas; aquí el vuelo sorprendente de la industria y del comercio merced á una consolidación general en la política, y allá una revolución que conmovió á Europa, y á la que siguió el desarrollo de un poder militar formidable; fueron estas dos evoluciones nacionales muy diferentes y aun opuestas; los dos «pode-

res occidentales» coincidieron, no obstante, en un punto: se preocuparon únicamente de los problemas de la vida real; nosotros los alemanes, durante ese tiempo, seguíamos con la metafísica.

Y, sin embargo, sería por nuestra parte una solemne ingratitud no conservar más que un recuerdo desdeñoso ó poco simpático de esta grande época, caracterizada por los esfuerzos puramente intelectuales; es verdad que, semejantes al poeta de Schiller, salimos con las manos vacías del reparto del mundo; cierto que en nosotros la embriaguez del idealismo (quizá debiéramos añadir: con todas sus funestas consecuencias) se ha disipado, y que la vida ideal del cielo de Júpiter ya no nos satisface; entramos en la edad viril mucho después que las demás naciones, pero también hemos vivido una juventud más hermosa, más rica y acaso más poética; sería preciso ver si á nuestro pueblo le han enervado esos goces intelectuales ó si posee precisamente en su pasado idealista una fuente inagotable de fuerza y vitalidad, que sólo tiene necesidad de ser dirigida por el camino de creaciones nuevas para acometer la solución de los grandes problemas; el único hecho práctico que se manifiesta en este período idealista, el levantamiento popular en las guerras de la independencia (1813-1815), es debido en parte al carácter soñador, pero revela al propio tiempo una poderosa energía que no tiene aún más que una vaga intuición de su objeto.

Cosa notable, nuestro desarrollo nacional, más regular que el de la antigua Hélada, parte del punto de vista más ideal para acercarse progresivamente á la realidad; y desde luego la poesía, durante el grandioso y brillante período de las creaciones hermanas de un Goethe y de un Schiller, había ya alcanzado su apogeo cuando la filosofía, puesta en movimiento por Kant, comenzó su carrera impetuosa; cuando hubieron cesado los titánicos esfuerzos de Schelling y Hegel, apareció en la escena la

observación sería de las ciencias positivas; al antiguo nombre de Alemania en la crítica filológica, se añaden hoy brillantes conquistas en todos los terrenos del saber; Niebuhr, Ritter y los dos Humboldt pueden citarse aquí, antes que otros, como iniciadores; sólo en las ciencias exactas, las que nos interesan más con relación al materialismo, Alemania quedó detrás de Inglaterra y Francia; nuestros naturalistas, físicos y químicos echaron la culpa á la filosofía por haber inundado la ciencia con sus concepciones fantásticas y ahogado el espíritu de las sanas investigaciones; bien vemos lo que hay de verdad en esta acusación; bástenos indicar aquí que en todos conceptos las ciencias exactas sirven mejor á las necesidades de la vida, y que su tardío desarrollo en Alemania está en absoluta relación con el orden del desenvolvimiento que aquí indicamos.

Hemos visto en el primer volumen que el materialismo en Alemania se inició pronto, que no fué en modo alguno importado de Francia, sino que, á consecuencia de excitaciones directas venidas de Inglaterra, echó entre nosotros profundas raíces; hemos visto que la polémica materialista del último siglo (xviii) fué viva, sobre todo en Alemania, y que la filosofía dominante, á pesar de sus triunfos en la apariencia tan fáciles, no probó en esta lucha más que su propia debilidad.

El materialismo se acrecentaba indudablemente en la opinión pública algún tiempo después de haber arrojado Klopstock en el terreno de la poesía los gérmenes de un idealismo lujuriente, pero, que el materialismo no podía producirse públicamente, se comprende en seguida recordando la situación de Alemania en esta época; su existencia se descubre bien pronto, tanto por las luchas continuas como por las creaciones positivas; se puede considerar el conjunto del sistema de Kant como una grandiosa tentativa para suprimir para siempre el materialismo, sin caer, no obstante, en el escepticismo.

Si se estudia el éxito aparente de esta tentativa, se verá una ventaja significativa en el hecho de que, desde el advenimiento de Kant hasta nuestros días, el materialismo desapareció en Alemania como si hubiera sido apagado con un soplo; los ensayos individuales, tendiendo á explicar zoológicamente el origen del hombre por el desarrollo de una forma animal (ensayos entre los cuales el de Oken, 1819, produjo la más viva sensación), no pertenecen á la serie de las ideas realmente materialistas; antes, por el contrario, Schelling y Hegel hicieron del panteísmo la teoría dominante en la filosofía de la naturaleza: ahora bien; el panteísmo es una concepción del mundo que, al lado de una cierta profundidad mística, contiene ya casi en principio el inconveniente de los delirios desbordados; en vez de separar resueltamente la experiencia y el mundo de los sentidos del mundo ideal, y de buscar en seguida en la naturaleza del hombre la conciliación de estos dos mundos diversos, el panteísmo identifica el espíritu y la naturaleza en nombre de la razón poética y sin tener en cuenta la razón crítica; de ahí, pues, la pretensión de conocer lo absoluto, pretensión que Kant, con su crítica, creyó haber desterrado para siempre; sin duda Kant sabía muy bien, y claramente lo predijo, que su filosofía no podía alcanzar una victoria instantánea, como pasaron siglos antes de que Copérnico y sus teorías triunfasen de hostiles preocupaciones; pero este pensador, tan prudente como profundo, ¿hubiera podido imaginarse que veinticinco años apenas, después de la aparición de su crítica, vería Alemania producirse una obra semejante á la fenomenología del espíritu de Hegel? Y, no obstante, es inmediatamente después de Kant cuando se desencadena nuestro período de tempestad y de angustia metafísica; el hombre á quien Schiller comparaba á un rey que hace construir un palacio, no sólo suministró materiales á los «carreteros» de la interpretación, sino

que engendró también una dinastía intelectual de ambiciosos imitadores que, semejantes á los Faraones, erigieron pirámides sobre pirámides, pero olvidándose de darlas el suelo por base.

No es nuestra tarea explicar aquí cómo Fichte eligió en la filosofía de Kant precisamente una de las cuestiones más oscuras: la teoría de la unidad sintética primitiva de la percepción, para deducir de ella su yo creador; cómo Schelling hizo por encantamiento salir el universo de $\Lambda = A$ como de una nuez vacía, y cómo Hegel pudo declarar idénticos el ser y el no ser entre los aplausos entusiastas de la estudiantada juvenil de nuestras universidades; pasó el tiempo en que, en todas las residencias de las Musas y en los rincones de todas las calles, se oía hablar del yo y del no yo, de lo absoluto y de la idea; todo este período del romanticismo de las ideas no ha dado á luz un solo escrito de valor durable para la apreciación exacta de la cuestión materialista; un juicio cualquiera acerca del materialismo, pronunciado desde el punto de vista de la metafísica poética, no puede tener otro objeto que el de establecer una distinción entre dos puntos de vista coordinados; cuando no es posible, como en Kant, obtener para el pensamiento un punto de vista más elevado, debemos ahorrarnos digresiones inútiles.

A pesar de todo, no podemos echar sobre los servicios prestados por un Schelling, y particularmente por un Hegel, esa mirada de desdén hoy puesta en moda; pero invadiríamos, de hacerlo, un terreno que no nos pertenece; un hombre que da á las aspiraciones entusiastas, durante décadas de años, una expresión soberana é irrisistible, no puede ser jamás de una insignificancia absoluta; pero si se limitasen á estudiar la influencia de Hegel en la manera de escribir la historia, y particularmente la historia de la cultura, se reconocería que este hombre contribuyó poderosamente por su parte al progreso de las ciencias (31); la poesía de las ideas tiene un

valor considerable para la ciencia cuando emana de una inteligencia rica en conocimientos científicos y enciclopédicos; las ideas que produce un filósofo de este temple son, para los resultados de las investigaciones, algo más que rúbricas muertas, pues tienen una infinidad de relaciones con la esencia de nuestro saber y, por consiguiente, con el fondo de la experiencia que nos es posible; cuando el sabio las utiliza juiciosamente, jamás le entorpecen el curso de sus investigaciones; pero si se deja encadenar por un juicio filosófico, irá desprovisto de toda originalidad. Nuestra teoría sobre la completa impotencia de la metafísica frente al empirismo vigoroso, cuando se trata de alguna noción precisa, se halla en estado inconsciente en la naturaleza humana; cada cual cree que ha visto distintamente, y más aún en la experiencia que uno mismo practica; la ciencia ha podido desde su origen romper las cadenas, forjadas durante miles de años, por la metafísica de Aristóteles, y, aunque ha entrado en su edad viril, un Hegel hubiera logrado expulsarla de Alemania no poseyendo, por decirlo así, más que una gran celebridad, como explicaremos en el capítulo siguiente.

Si ahora nos preguntamos cómo el materialismo ha podido levantarse de nuevo después de Kant, debemos pensar ante todo que la avalancha idealista que cayó sobre Alemania se llevó consigo no sólo el materialismo, sino lo que había de verdaderamente crítico en la *Crítica de la razón*; de suerte que, en este concepto, Kant ha influido en la época actual casi más que en sus contemporáneos; los elementos de la filosofía de Kant, que suprimen el materialismo de una manera durable, no tuvieron gran boga, y, aquellos que no le oponían más que una barrera momentánea, pudieron por una ley natural ser rechazados á su vez por una nueva evolución del espíritu de los tiempos. La mayor parte de nuestros materialistas son muy dados á negar *a priori* y categóricamente, antes

de todo examen, la conexión de sus ideas con las de la Mettrie y aun con las del viejo Demócrito; según su opinión favorita, el materialismo actual no es más que un simple resultado de las ciencias físicas y naturales de nuestra época, resultado que por esta misma razón no es posible comparar con las ideas análogas de los tiempos pasados, porque entonces nuestras ciencias no existían; en tal caso, habríamos podido dispensarnos completamente de haber escrito nuestra obra; pero si se nos hubiera permitido desarrollar sucesivamente los principios decisivos á propósito de las concepciones más sencillas de los tiempos anteriores, hubiéramos debido por lo menos colocar el capítulo que sigue antes de éste.

Guardémosnos, no obstante, de un error que pudiera producirse; cuando hablamos de encadenamiento no aconsejamos, naturalmente, que se vea por ejemplo en *Fuerza y materia*, de Büchner, más que una hábil transformación de *El hombre máquina*, de la Mettrie; no hace falta admitir la excitación de semejantes lecturas, ni aun el conocimiento superficial de esas obras, para creer en una conexión histórica; así como los rayos de calor de un carbón en ignición extendiéndose del foco en todas direcciones se refleja en el espejo elíptico y enciende la yesca colocada en otro punto, así la influencia de un escritor (y particularmente de un filósofo) se pierde en la conciencia de la multitud, y, de la conciencia popular, los fragmentos de proposiciones y de teorías reaccionan en los individuos que entran después en la edad madura, en aquéllos, al menos, cuya capacidad receptiva y condición social favorecen la concentración de dichos rayos; se comprenderá fácilmente que nuestra comparación es coja, sin embargo, esclarece uno de los aspectos de la verdad; pasemos á otro.

Si Mesleschott ha podido decir que el hombre es un total de sus padres, nodriza, lugar, fecha, aire, temperatura, sonido, luz, alimentos y vestidos, también se puede

afirmar lo mismo en lo que concierne á las influencias intelectuales; «el filósofo es el total de la tradición, de la experiencia, de la estructura del cerebro, del medio, de la ocasión, del estudio, de la salud y de la sociedad»; tal sería, sobre poco más ó menos, el texto de una frase que en todo caso probaría palpablemente que hasta el filósofo materialista no debe su sistema á sus solos estudios; en el encadenamiento histórico de las cosas el pie tropieza en un millar de hilos, y nosotros sólo podemos seguir uno á la vez, y no siempre podemos hacerlo así, porque el hilo grueso y visible se divide en innumerables filamentos que por intervalos se ocultan á nuestros ojos; se comprende fácilmente la considerable influencia que ejercen hoy las ciencias físicas y naturales en el desenvolvimiento particular y principalmente en la propagación del materialismo en el seno de la sociedad; pero nuestra exposición probará suficientemente que la mayor parte de las cuestiones que aquí se tratan son absolutamente antiguas, que sólo ha cambiado la materia, pero no el objeto ni el modo de la demostración.

Ha de convenirse además en que el influjo de las ciencias físicas y naturales, aun durante nuestro período idealista, fué siempre favorable á la conservación y propaganda de las teorías materialistas; el despertamiento de un ardor más general y más activo por las ciencias físicas y naturales reavivó espontáneamente dichas teorías, sin permitirles, no obstante, manifestarse inmediatamente en una forma dogmática; no se debe olvidar que el estudio de las ciencias positivas era cosmopolita cuando la filosofía en Alemania seguía una senda aislada, respondiendo á las disposiciones de la nación; sin embargo, interesándose por las investigaciones hechas en los pueblos extranjeros, el sabio alemán debió necesariamente impregnarse del espíritu que dirigía dichas investigaciones y de los pensamientos que unían los detalles entre sí; ahora bien, en las naciones más influyentes, las opiniones

de los siglos XVII y XVIII predominaban por lo general, aunque se evitaba deducir las consecuencias con una franqueza brutal.

En Francia principalmente, Cabanis dió á la fisiología una base materialista en el momento mismo en que, en Alemania (desde 1795), Schiller y Fichte elevaban el idealismo hasta el punto más culminante; es verdad que Cabanis, considerado como filósofo, no era casi materialista (32); se inclinaba al panteísmo á la vez que á la doctrina de los estoicos, y consideraba como imposible el conocimiento de las «causas primeras» (ó, según la expresión de Kant, el conocimiento de la «cosa en sí»); ataca con frecuencia la teoría de Epicuro, pero en el estudio científico del hombre defiende el método somático; en el fenómeno, ó, para servirnos de su lenguaje, cuando se atiende á las «causas segundas», que son las únicas accesibles al hombre, encontramos que en todas partes las funciones intelectuales dependen del organismo, y la sensación es la base del pensamiento y de la acción; ahora bien, su obra tiene por objeto demostrar la existencia de esta correlación, y sus lectores y discípulos se asocian, naturalmente, á lo que hallan en primer término, esto es, al objeto y al conjunto de la obra, sin preocuparse de las proposiciones preliminares ó dichas de paso relativas á la filosofía.

Desde Cabanis se han reducido, por lo general, las funciones intelectuales á la actividad del sistema nervioso en fisiología, cualesquiera que hayan podido ser las opiniones de tales ó cuales fisiólogos acerca de las causas últimas de todas las cosas; una ley, que rige las ciencias especiales, quiere que la materia del conocimiento y el método pasen de mano en mano mientras que el fondo de las ideas filosóficas se modifica sin cesar, cuando existe; el público se atiende al factor relativamente constante, y adopta como legítimas sólo las ideas útiles y prácticas que primero encuentra; de este modo, mientras la filosofía no se halle en

estado de hacer prevalecer su influjo en todas las clases ilustradas, necesariamente ha de nacer un materialismo siempre nuevo del estudio de las ciencias especiales, materialismo tanto más tenaz cuanto sus adeptos tienen menos conciencia de él como sistema filosófico del universo; pero, por la misma razón, ese materialismo no traspasa apenas los límites de los estudios especiales; es preciso que existan causas más profundas que determinen al hombre versado en el conocimiento de la naturaleza á poner en evidencia los principios de su concepción del mundo, y este proceso es inseparable de la meditación y coordinación de los pensamientos desde el punto de vista unitario, cuya naturaleza filosófica es incuestionable.

Si se manifestó en Alemania una evolución de este género, cuando en Inglaterra y Francia el materialismo no se presentaba ya en la liza como un campeón declarado, provino sin duda de que los alemanes, más que ningún otro pueblo, estaban habituados á las luchas filosóficas; se puede decir que el idealismo mismo favoreció los progresos del materialismo, haciendo nacer el deseo de desarrollar sistemáticamente los pensamientos directores de la evolución científica, y provocando por contraste el vuelo juvenil de las ciencias de la naturaleza; agréguese á esto que Alemania, más que otro país, estaba por lo general libre de preocupaciones religiosas y pretensiones eclesiásticas, y que para todos los hombres instruidos se había en cierto modo erigido en derecho necesario é indispensable la libertad individual de pensamiento; también aquí el idealismo había abierto la senda en la cual se lanzó más tarde el materialismo sin encontrar casi obstáculos; y si este estado de cosas ha sido á menudo desconocido ó mal interpretado por los materialistas, esto prueba una vez más el espíritu anti-histórico de que suele estar imbuída su doctrina.

No olvidemos, sin embargo, que jamás el gusto por

las investigaciones físicas y naturales ha faltado en Alemania, aunque dicha tendencia haya sido eclipsada por la filosofía moral y el entusiasmo especulativo en la época más brillante de nuestra literatura nacional; el mismo Kant era un hombre capaz de conciliar las dos tendencias en su sistema, y principalmente en su período antecrítico se acerca con frecuencia al materialismo; su discípulo y antagonista Herder estaba completamente penetrado del espíritu científico, y acaso hubiera prestado muchos mayores servicios al desenvolvimiento del espíritu científico de Alemania si hubiera empleado su actividad de un modo positivo en obsequio de sus doctrinas, en vez de lanzarse á una lucha encarnizada y fecunda en errores con Kant á propósito de los principios; hoy se reconoce cada vez más cuánto poseía Goethe el sentido de la verdadera ciencia de la naturaleza; en un gran número de sus máximas hallamos una tolerancia tranquila y dulce para con el exclusivismo de la tendencia idealista, de la cual sabía apreciar el fondo legítimo, aunque su gusto le arrastraba siempre de una manera irresistible al estudio objetivo de la naturaleza; él, poeta, estaba por cierto más libre de todos los excesos de la imaginación que muchos naturalistas, físicos y químicos de profesión; los mismos filósofos de la naturaleza, aunque la fundan extrañamente con el romanticismo predominante, muestran en realidad una verdadera aptitud para la observación de los fenómenos y el estudio de sus conexiones; con tales predisposiciones, el paso de la nación entera del idealismo á las ideas sanas y positivas debía necesariamente, tarde ó temprano, hacer reaparecer el materialismo; si se quiere citar una fecha precisa para marcar el fin del período idealista en Alemania, el acontecimiento más decisivo que se encuentra es la revolución francesa de julio de 1830.

El patriotismo fanático é idealista que señaló la guerra de la independencia se había agriado en la atmósfera de

los calabozos, languidecido en el destierro y disipado bajo la indiferencia de las masas; la filosofía había perdido su prestigio después de haberse puesto al servicio del absolutismo; la abstracción grandiosa de donde salió la tesis de la identidad, de lo real y de lo racional, jugó en el Norte de Alemania durante bastante tiempo un papel servil y mezquino que desilusionó á la multitud, inspirándola universal desconfianza contra la filosofía; en literatura poética se hastió del romanticismo, y los *Reisebilder* (Cuadros de viaje), de Heine, adoptaron un tono tan frívolo, que no podían prosperar en la patria de Schiller; el autor de dicha obra, que caracterizaba el espíritu de su tiempo, eligió después de 1830 para residencia suya á París, y fué moda desesperar del porvenir de Alemania y considerar á Francia, más realista, como el país modelo de una época nueva; hacia el mismo tiempo, el genio de empresas comenzó á abrirse carrera en el terreno del comercio y de la industria, los intereses materiales se desarrollaron, y, como en Inglaterra, marcharon bien pronto unidos con las ciencias físicas y naturales contra todo lo que parecía desviar al hombre de sus más urgentes tareas; la literatura, sin embargo, satisfizo todavía durante algunos años las aspiraciones nacionales; pero en vez del clasicismo y del romanticismo, apareció la joven Alemania. Los rayos del sistema materialista se reunieron en haces; hombres tales como Gutzkow, Mundt y Laube llevaron á sus escritos muchos fermentos de epicurismo; el último, sobre todo, sacudió descaradamente el venerable manto que nuestra filosofía había echado sobre los defectos de su lógica.

Este es, no obstante, el gran período filosófico al que ordinariamente se atribuye la restauración del materialismo; Czobe considera á D. F. Strauss como el padre de nuestro materialismo, y otros nombran más justamente á Feuerbach (33); cierto que al señalar estos nombres se han tenido en cuenta, más que otra razón, las polémicas

religiosas; sin embargo, Feuerbach se acerca de tal modo al materialismo, que debemos á este filósofo una mención especial en nuestro libro.

Luis Feuerbach, hijo del célebre criminalista, mostró desde muy temprano un natural serio, activo y más fuerza de carácter que vivacidad intelectual; arrastrado por la corriente entusiasta que inspiraba Hegel, hizo como estudiante de teología, á los veinte años, su peregrinación á Berlín, donde Hegel reinaba entonces (1824) con toda la majestad de un filósofo oficial; las tesis en que no se hacía salir el ser del no ser y la afirmación de la negación, se llamaban en los decretos oficiales «débiles é insignificantes» (34); la naturaleza sería de Feuerbach se libró de los abismos hegelianos, y se elevó á una cierta «superficialidad» sin perder nunca por completo el profundo espíritu de esta escuela; Feuerbach no ha llegado á poseer jamás una lógica clara; el nervio de su filosofía pertenece, como en la época idealista, á la adivinación; un «por consiguiente» en Feuerbach no contiene, como en Kant y Herbart, el sentido de una conclusión real ó simplemente intencional; esa frase indica sólo, como en Schelling y Hegel, un vuelo que se propone dar el pensamiento; su sistema se cierra, pues, en una obscuridad mística que no esclarece lo bastante el acentuado tono con que Feuerbach habla del mundo sensible y la evidencia.

«Dios fué mi primer pensamiento, la razón el segundo y el hombre mi tercero y último pensamiento». Con estas palabras Feuerbach caracteriza menos las diferentes fases de su filosofía que las fases del desarrollo intelectual de su juventud, porque desde que terminó sus estudios (1828) proclamó francamente los principios de la filosofía de la humanidad, á los cuales quedó desde entonces invariablemente unido; la nueva filosofía debía ser el racionalismo de Hegel lo que este último sistema era á la teología; así se inauguraba un nuevo período en el cual

la teología y aun la metafísica eran arrojadas al tercer término.

Esta teoría es muy semejante á la que trataba de establecer por el mismo tiempo en París el noble Comte, pensador y filántropo solitario que luchaba con la indigencia y la melancolía; Comte también habla de tres épocas de la humanidad: la primera es la teológica, la segunda la metafísica, y la tercera y última la positiva, es decir, aquella en que el hombre con todos sus sentidos y todas sus fuerzas se vuelve hacia la realidad y halla su satisfacción en las soluciones de los problemas reales (35). Pariente intelectual de Hobbes, Comte da por objeto á la ciencia el conocimiento de las leyes que rigen los fenómenos; «ver para prever y buscar lo que es para deducir lo que será» es para Comte la tarea de la filosofía; por su parte, Feuerbach declara: «la nueva filosofía hace del hombre parte de la naturaleza, y funda en él el objeto único, universal y supremo de la filosofía; la antropología, pues, incluso la fisiología, es la ciencia universal».

En esta glorificación exclusiva del hombre reconocemos el rasgo peculiar de la filosofía de Hegel, que separa á Feuerbach de los materialistas propiamente dichos; encontramos aquí la filosofía del espíritu bajo la forma de la filosofía de los sentidos; el verdadero materialismo se verá siempre impulsado á dirigir sus miradas al gran todo de la naturaleza exterior y á considerar al hombre como una ola en el Océano del movimiento eterno de la materia; la naturaleza del hombre no es para el materialista más que un caso especial de la fisiología general, como el pensamiento no es más que un accidente especial en la cadena de los procesos de la vida física; se complace en colocar los hechos fisiológicos entre los fenómenos generales de la física y de la química, y prefiere hacer retroceder al hombre en la escala animal hasta los seres inferiores; sin duda en la filosofía práctica volverá

igualmente á la naturaleza única del hombre, pero allí también se cuidará muy poco de imitar á Feuerbach, dando á esa naturaleza los atributos de la divinidad.

El carácter más retrógrado de la filosofía de Hegel, cuando se la compara con la de Kant, consiste en que pierde por completo la idea de un método más general de conocer las cosas, comparativamente al método humano todo subjetivo; su sistema entero se mueve en la esfera de nuestros pensamientos y fantasías acerca de las cosas, á las cuales se dan nombres alisonantes, sin que se sepa el justo valor que debe asignarse en general á los fenómenos y á las ideas que de aquéllos se deducen; la opinión entre el «sér» y la «apariciencia» no es en Hegel más que una oposición entre dos formas de concepciones humanas, oposición que no tarda en borrar-se; el fenómeno se define: la apariencia realizada por el sér, y la realidad se encuentra allí donde el fenómeno es la manifestación completa y adecuada del sér. Feuerbach ha adoptado también la idea errónea de que puede haber ahí algo como «manifestación completa y adecuada del sér» en el fenómeno; con todo, declara que la realidad no es otra cosa que la sensibilidad, y esto es lo que le acerca á los materialistas.

«Verdad, realidad y mundo de los sentidos son cosas idénticas; el sér sensible es sólo verdadero y real, el mundo de los sentimientos es sólo realidad y verdad.» «Únicamente con auxilio de los sentidos es como un objeto tiene sentido verdadero, no por el pensamiento en sí mismo.» «Allí donde no hay sentidos, no hay sér ni objeto real.» «La filosofía antigua tuvo por punto de partida la tesis: yo soy un sér abstracto, un sér pensante únicamente, el cuerpo no forma parte de mí sér; la filosofía moderna, por el contrario, comienza por la tesis: yo soy un sér real, sensible, el cuerpo forma parte de mí sér; aún más: el cuerpo en su conjunto es mi yo, mi sér mismo.» «Verdadero y divino es solamente lo que no tiene necesidad

de demostración alguna, lo que es inmediatamente cierto por sí mismo, lo que habla y cautiva inmediatamente por sí, lo que lleva inmediatamente tras de sí la afirmación de su propia existencia, lo que es absolutamente neta, absolutamente indudable, claro como el sol; sólo el mundo de los sentidos es claro como la luz, solamente donde él comienza cesa toda duda y termina toda discusión; el secreto del saber inmediato es lo sensible.»

Estas proposiciones que en los *Principios de la filosofía del porvenir*, de Feuerbach, aparecen casi de un modo tan aforístico como nosotros las reproducimos, tienen un tinte medio materialista; es preciso observar, no obstante, que mundo de los sentidos y materialidad no son ideas idénticas; la forma no es menos al objeto de los sentidos que la materia; además, lo verdadero sensible nos da siempre la unidad de la forma y la materia; no adquirimos estas ideas más que por la abstracción y por el pensamiento; pensando en ello llegamos á concebir su correlación de una manera determinada cualquiera; si Aristóteles concede en todo la preeminencia á la forma, los materialistas, por su parte, se lo conceden todo á la materia; uno de los criterios indispensables del materialismo es que, no sólo considera la fuerza y la materia como indispensables, sino que también considera la fuerza como cualidad absoluta de la materia, y que de la acción recíproca de la materia con la fuerza se deducen después todas las formas de las cosas.

Se puede erigir lo sensible en principio y ser no obstante, en cuanto al fundamento esencial del sistema aristotélico, espinosista y aun kantiano; admitamos como un hecho lo que Kant da como conjetura, á saber: que lo sensible y el entendimiento tienen en nuestro sér una raíz común; demos un paso más y busquemos las categorías del entendimiento en la estructura de los órganos de nuestros sentidos, y no por eso subsistirá menos la tesis de que lo sensible mismo, que según esto constituye todo el mun-

do de los fenómenos, no es más que el modo según el cual un sér, del que no conocemos las verdaderas propiedades, es afectado por otros seres; además, ningún principio lógico impide definir la realidad de tal modo que concuerde con lo sensible; pero al mismo tiempo se debe mantener que detrás de lo que es así la realidad para el hombre, se halla oculto un sér más general que, concebido por órganos diferentes, parecería también diferente por consecuencia; hasta se podrían conservar las ideas racionales, así como toda la filosofía práctica de Kant fundada en la conciencia del sér activo; solamente sería preciso figurarse el mundo inteligible bajo la forma de un mundo de los sentidos; en vez de la moral sobria y tranquila de Kant, surgiría entonces una religión coloreada, ardiente y viva, en la cual lo sensible imaginario no podría, á decir verdad, aspirar á la realidad y objetividad de lo sensible inmediato, sino pasar más bien, como las ideas de Kant, por una representación de la realidad más elevada y general del mundo inteligible.

En esta pequeña excursión por el dominio de los sistemas posibles nos hemos alejado un tanto de Feuerbach; pero probablemente no tanto como Feuerbach mismo se aleja del materialismo tomado en la estricta acepción de la palabra; examinemos, pues, el lado idealista de esta filosofía de lo sensible. «El sér es un secreto de la intuición, de la sensación y del amor; en la sensación sola, en el amor solo, «esto» (esta persona, esta cosa), es decir, lo individual, tiene un valor absoluto; se encuentra ahí lo finito y lo infinito; en esto, en esto solamente consiste la profundidad infinita, la divinidad y la verdad del amor; sólo en el amor Dios es verdad y realidad.» «Las sensaciones humanas no tienen valor empírico ni antropológico en el sentido de la antigua filosofía trascendental, sino un valor ontológico y metafísico; en las sensaciones, aun en las sensaciones cotidianas, están ocultas las verdades más profundas y más sublimes; así, el amor es la verda-

dera prueba ontológica de la existencia de un objeto fuera de nosotros, y no hay otra prueba de la existencia más que el amor y la sensación en general; su existencia procura la alegría y su no existencia produce el sufrimiento; sólo esto existe».

Feuerbach ha hecho también bastantes reflexiones para no desecharlo como imposible, por ejemplo, la existencia de seres vivos y pensantes en Júpiter ó en cualquiera otro sistema lejano de estrellas fijas; si, no obstante, toda la filosofía está concebida de tal suerte que el hombre sea el único, absolutamente el único sér imaginable de un desarrollo sensible é intelectual, esto es ya limitarse adrede á sí mismo; Feuerbach es en esto hegeliano y, como Hegel, adopta en el fondo la tesis del viejo Protágoras, según la cual el hombre es la medida de las cosas; para él es verdad lo que es verdad para el hombre; es decir, lo que se comprende con el auxilio de los sentidos humanos; declara, pues, que las sensaciones tienen un valor, no sólo antropológico, sino también metafísico; esto es, que se debe considerarlas, no sólo como fenómenos naturales en el hombre, sino también como pruebas de la verdad y realidad de las cosas; pero por ahí se acrecienta también la importancia subjetiva de lo sensible; si la base de la metafísica está en las sensaciones, éstas deben también, en el dominio psicológico, ser la verdadera substancia de todo lo que es espiritual.

«La antigua filosofía absoluta limitaba á los sentidos al terreno del fenómeno y lo finito, y no obstante, se contradecía al indicar lo absoluto y lo divino como objeto del arte; porque el objeto del arte es el objeto de la vista, del oído, del tacto, y, por consiguiente, no sólo lo finito y el fenómeno, sino también el sér verdadero y divino son objetos de los sentidos; el sentido es, pues, el órgano de lo absoluto.» «Sentimos, no sólo la piedra y la madera, no sólo la carne y los huesos, sentimos también los sentimientos cuando estrechamos las manos ó besamos los

labios de un ser sensible; percibimos por los oídos, no sólo el ruido del agua y el rumor de las hojas, sino también la voz plena del alma del amor y de la sabiduría; no sólo vemos la superficie de las imágenes y los espectros coloreados, sino que contemplamos también la mirada del hombre: así, no sólo lo exterior, sino también lo interno; no sólo la carne, sino también el espíritu; no sólo las cosas, sino también el yo es el objeto de los sentidos; todo es, pues, perceptible por los sentidos, aunque mediata y no inmediatamente, si no con los sentidos groseros del vulgo, por lo menos con los sentidos perfeccionados por la educación, si no con los ojos del anatómico ó del químico, por lo menos con los del filósofo.

Pero los «sentidos perfeccionados por la educación», los «ojos del filósofo», ¿son en verdad otra cosa que los sentidos combinados con el influjo de las ideas adquiridas? Se debe conceder á Feuerbach que este concurso no puede ser reputado tan sencillamente mecánico como la suma de dos funciones, de las cuales una sería sensorial é intelectual la otra; en efecto, con el desarrollo intelectual los sentidos se habitúan á conocer lo intelectual, y es muy posible que cuando se piensa en los objetos más sublimes y en apariencia «los más suprasensibles», los centros sensoriales del cerebro presten también un concurso muy importante; si, no obstante, se quiere en la especulación separar el elemento sensible del elemento intelectual, esto es tan practicable en el arte como en otro dominio cualquiera; el ideal de la cabeza de Juno no está en el mármol, sino en la forma dada al mármol; el sentido, como tal, ve en primer término el blanco deslumbrante del mármol; para concebir la forma es preciso previamente una cultura artística, y para apreciar el todo dicha forma es menester que el pensamiento del espectador vaya más allá del pensamiento del artista.

Ahora bien: puede ocurrir (lo que se adelanta más todavía al punto de vista en que Feuerbach se ha colocado),

que aun la idea más abstracta no se constituya más que con auxilio del material de la sensación, lo mismo que el dibujo más delicado no puede pasarse sin el lápiz ó la tiza: entonces podremos distinguir la forma, resultante del orden de las sensaciones, del material de las sensaciones, como, por ejemplo, distinguimos la forma de la catedral de Colonia de las masas de piedra que han servido para su construcción; hasta en un dibujo se puede representar la forma de dicha catedral; ahora bien, ¿gestaríamos en tal caso lejos del pensamiento de que esta forma, resultante del orden de las sensaciones (que es el elemento intelectual importante del objeto de arte contemplado), es en su esencia independiente de los materiales fortuitos suministrados por la sensación humana, á los cuales sin duda, para nosotros hombres, está invariablemente unida? Este pensamiento es trascendente, pero no implica contradicción.

El punto más enojoso es que, además de la sensación, Feuerbach reconoce, en el sentido de Hegel, un pensamiento absolutamente extraño á la sensación, y de esa suerte introduce en la esencia del hombre una incurable discordancia; Feuerbach participa con la multitud de un prejuicio, según el cual existiría un pensamiento insensible completamente puro y perfectamente abstracto; desgraciadamente este prejuicio existe también en la gran mayoría de los fisiólogos y de los filósofos, por eso sus sistemas se acomodan menos que cualquier otro. Nuestros más importantes pensamientos se realizan precisamente con un material de sensación muy sutil (casi imperceptible para el que se estudia á sí mismo con poca atención), mientras que las sensaciones más fuertes no tienen con frecuencia más que un valor secundario respecto á nuestra persona moral y ofrecen un valor lógico todavía más insignificante; apenas existe una sensación que no implique ya una relación con otras sensaciones de la misma clase; cuando oigo el sonido de una cam-

pana, mi sensación, desde su nacimiento inmediato, está determinada por mi noción de la campana; he ahí precisamente por qué un sonido completamente extraño nos conmueve de una manera tan insólita; lo general está en lo particular y la lógica en la fisiología como la materia en la forma; lo que Feuerbach divide metafísicamente, no debe ser separado más que lógicamente; no existe pensamiento que tenga lo general por único contenido; por otra parte, no hay sensación que en sí no contenga alguna generalidad; lo sensible aislado, tal como Feuerbach lo concibe, no se encuentra efectivamente, y no puede, por lo tanto, ser la única realidad.

Siempre hemos considerado como extraña la objeción con frecuencia hecha á Feuerbach por adversarios inteligentes, los cuales pretenden que, bajo la relación de la moral, su sistema debe necesariamente terminar en el egoísmo puro; es más bien lo contrario lo que sería preciso censurarle; Feuerbach reconocía expresamente la moral del egoísmo teórico, mientras que la lógica conducía el conjunto de su sistema á un resultado diametralmente opuesto; todo el que llega hasta deducir del amor el concepto del sér, no puede en modo alguno conservar la moral del *Sistema de la naturaleza*; el verdadero principio de la moral de Feuerbach, que sin duda contradice, más de una vez bastante burdamente, debería más bien designarse con el nombre de la segunda persona: ¡ha inventado el *túismo*! ¡ojágame la definición!

«Todas nuestras ideas nacen de los sentidos; en esto el empirismo tiene razón perfecta; sólo olvida que el objeto más importante y el más esencial de los sentidos del hombre es el hombre mismo; que sólo con la mirada del hombre se enciende en los hombres la luz de la conciencia y del entendimiento; el idealismo tiene, pues, razón buscando en el hombre el origen de las ideas; pero no la tiene cuando quiere hacerlas dimanar del sér aislado, como existiendo por sí mismo, del hombre fijo como alma, en

una palabra, del yo sin un *tú* dado por los sentidos; sólo por la comunicación, por la conversación del hombre con el hombre nacen las ideas; no se llega solo, no se llega más que con dos á las ideas y á la razón en general; son precisos dos seres humanos para procrear un sér humano, tanto intelectual como físico; la sociedad del hombre con el hombre es el primer principio y el criterio de la verdad y el de la generalidad.»

«El hombre, viviendo aislado para él solo, no tiene en sí la esencia del hombre ni como sér moral ni como sér pensante; la esencia del hombre no se contiene sino en la sociedad, en la unión íntima del hombre con el hombre; unión que, sin embargo, descansa en la distinción real del yo y del tú. El aislamiento es lo finito y lo limitado; la asociación es la libertad y la infinidad; el hombre para sí mismo es hombre en el sentido usual; el hombre con el hombre, la unidad del yo y del tú, es Dios» (36).

De estas proposiciones, si Feuerbach hubiese sido lógico, habría debido deducir que toda la moralidad humana y la vida intelectual superior están fundadas en el reconocimiento del sér de otro; en lugar de esto, cayó en el egoísmo teórico; hay que atribuir esta falta en parte á lo desconocido de sus pensamientos y en parte á su lucha contra la religión; la oposición contra las doctrinas religiosas le arrastró á reconocer en ocasiones la moral de Holbach, que está en contradicción con su sistema; el hombre que en la literatura alemana ha preconizado el egoísmo de la manera más absoluta y más lógica, Max Stirner, se halla en oposición con Feuerbach.

En su famosa obra, *El individuo y su propiedad* (1845), Max Stirner llega hasta rechazar toda idea moral; todo lo que de un modo cualquiera, ya como poder externo ó bien como simple idea, se coloca por encima del individuo y sus caprichos, es desechado por Stirner como un odioso límite del yo por sí mismo; es lástima que este libro, el más exagerado que conocemos, no se haya completado

con una segunda parte, con una parte positiva; dicho trabajo habría sido más fácil que encontrar un complemento positivo á la filosofía de Schelling, porque, para salir del yo limitado, puedo á mi vez crear una especie cualquiera de idealismo como expresión de mi voluntad y de mi idea; en efecto, Stirner da á la voluntad tal valor que se nos aparece como la fuerza fundamental del sér humano; nos recuerda á Schopenhauer; ¡tan cierto es que toda medalla tiene su reverso! Stirner no tiene relaciones estrechas con el materialismo; su libro no ha ejercido una influencia bastante considerable para que nos ocupemos más de él; ya es tiempo de que dirijamos nuestra atención á la época actual.

La decadencia del idealismo alemán, que según nosotros data de 1830, se convierte insensiblemente en una lucha contra los poderes existentes, políticos y eclesiásticos, lucha en la cual el materialismo filosófico no desempeñó en un principio más que un papel secundario, aunque todo el carácter de la época favorecía al materialismo; se podría cerrar la poesía alemana con el año 1830 y no se perdería obra alguna verdaderamente importante; no sólo había pasado el período clásico, sino que tampoco los románticos llamaban ya la atención; el florecimiento de la escuela de Suabia se había paralizado, como también Heine, que ejerció un influjo tan grande en el nuevo período; todas las producciones animadas todavía de un soplo ideal son anteriores á la fecha indicada; los poetas célebres habían muerto ó estaban silenciosos, ó bien se habían pasado á las filas de los prosistas; todo lo que aún se producía tenía un carácter artificial; no se podría dar una prueba más palmaria de la conexión íntima de la especulación y la poesía que considerando cómo esta evolución se reflejaba en la filosofía. Schelling, en un principio el órgano más consciente de la idea de su época, el apóstol inagotable de la producción ya no producía nada; la originalidad, con sus frutos precoces, ha-

bía pasado como una ola tempestuosa que cede al reflujó; Hegel, que parecía reinar sobre sus contemporáneos, se esforzaba en encerrar la idea en fórmulas petrificadas; es verdad que gracias á su sistema se perpetuaba todavía el influjo del gran período idealista sobre las nuevas generaciones, ¡pero con qué transformaciones! Schiller, sobre todo, había perdido su prestigio, como lo demostró la boga que tuvieron en el público las críticas despiadadas de Boerne.

Gervinus, que expresó formalmente el pensamiento de que la fase poética de la existencia nacional iba á sufrir una crisis mortal, estaba persuadido de que seguiría necesariamente un período político, y que Alemania, bajo la dirección de un Lutero estadista, se elevaría á una mejor forma de existencia; pero se olvidaba de que para regenerar la forma tal como él la entendía, hubiera sido menester por lo menos un nuevo impulso idealista, y que para el período realista que comenzaba, el bienestar material y el desarrollo de la industria venían en primer término; sin duda se contemplaba con predilección la Francia «realista», aun desde el punto de vista político; pero, lo que hacían la monarquía de Julio y el constitucionalismo francés tan simpáticos á las gentes de posición é influencia, era su relación con los intereses materiales de las clases acomodadas.

Ahora, un negociante solo, un fundador de sociedades por acciones, tal como Hansemann, podía hacerse el órgano de la opinión pública; las asociaciones industriales y otras compañías análogas brotaron después de 1830 como los hongos en el suelo germánico; en el terreno de la instrucción pública, la clase media de las ciudades florecientes fundó escuelas politécnicas, instituciones industriales y escuelas de comercio, mientras que se censuraban los inquestionables defectos de los gimnasios y de las universidades con una gran malevolencia; los gobernantes se esforzaban en impedir aquí y prevenir allá el triunfo de

esas disposiciones, aunque en general todos se mostraban inspirados por un mismo deseo; un rasgo insignificante pero característico: la enseñanza de la ginnástica, herida de muerte en castigo de sus tendencias idealistas, fué resucitada á escape por consideraciones de higiene; la actividad de los Gobiernos se dirigió sobre todo á las relaciones comerciales, y la creación más importante (1830 á 1840) desde el punto de vista político y social fué el *Zollverein* alemán; más importancia todavía alcanzó inmediatamente después el establecimiento de los caminos de hierro, que provocó, durante la segunda mitad de esta década, la rivalidad y el entusiasmo de las más opulentas ciudades comerciales; hacia el mismo tiempo es precisamente cuando el gusto por las ciencias físicas se manifestó al fin en Alemania, y el papel principal le desempeñó una ciencia que va unida á los intereses prácticos del modo más íntimo, la química.

Cuando Liebig obtuvo en Giessen el primer laboratorio que han poseído las universidades germánicas, rompióse el dique de las preocupaciones, y, como la escuela de Giessen produjera sucesivamente hábiles químicos, las demás universidades se vieron obligadas, unas después de otras, á seguir el ejemplo de aquella; una de las ciudades donde las ciencias físicas tomaron mayor desenvolvimiento fué Berlín, donde en 1827 se fijó Alejandro Humboldt, que ya era entonces una celebridad europea; de 1830 á 1840 se vió á Ehrenberg, Dove y á los dos Rose, uno químico y el otro mineralogista, distinguirse por su actividad; á ellos se unió Juan Müller, que en su juventud estudió la filosofía de la naturaleza, pero sin perder la sangre fría y la firmeza del sabio investigador; su *Manual de fisiología* (1833) y su infatigable enseñanza hicieron de él el iniciador más influyente por la dirección estrictamente física que imprimió á la fisiología, considerada como ciencia natural; es verdad que fué poderosamente sostenido por los trabajos (aún más profundos y notables, so-

bre todo por su precisión matemática) de Ernesto Enrique Weber, que por entonces florecía en Leipzig.

Añádase á esto que la influencia francesa, que volvió á ser muy considerable en Alemania, impulsó á los espíritus en esa dirección; las investigaciones de Flourens, Magendie, Leuret y Longet en el dominio de la fisiología y particularmente en la fisiología del cerebro y del sistema nervioso, produjeron gran sensación entre los hombres competentes de Alemania y prepararon la aparición ulterior de Vogt y de Maleschott; desde entonces se acostumbró en Alemania, sin tener todavía la franqueza de que se hizo gala después, á sacar de dichas investigaciones conclusiones acerca de la naturaleza del alma; así vino de Francia el impulso más fuerte para la psiquiatría, porque nada era más á propósito para acabar definitivamente con los delirios trascendentes del teólogo Heinroth y de sus partidarios que el estudio de las obras del eminente Esquirol, que se tradujeron al alemán (1838); el mismo año apareció también la traducción alemana de la obra de Quételet sobre el hombre, en la cual el sabio astrónomo y estadista belga se esforzaba en dar una física de los actos humanos fundada sobre cifras.

El influjo más notable le ejerció el movimiento reaccionario idealista en el terreno religioso; el entusiasmo por el romanticismo devoto y por el clericalismo poético, desapareció para ser reemplazado por el materialismo de una nueva fe literal y de una adhesión ciega al principio de autoridad; mientras que, en Berlín, Hengstenberg lanzaba los espíritus en esta dirección, la escuela de Tubinga en el Sur de Alemania, siguiendo un camino contrario, trabajaba con más ardor que nunca en minar las tradiciones eclesiásticas con auxilio de los instrumentos de una ciencia implacable; si estos esfuerzos, que Hegel combinó primero con la admiración, denotaban infinitamente más idealismo verdadero que el mostrado por Hengstenberg, por sus protectores y sus adláteres, la aplicación á la Bi-

bilia y á la historia eclesiástica de una crítica fría y rigurosamente fiel á las exigencias de la razón no era menos un signo de la nueva época que anunciaba ya el triunfo próximo y universal del elemento racional y práctico.

Sin embargo, no es posible negar que al lado de este rasgo fundamental, que caracteriza á la nueva época y la impulsa hacia las mejores prácticas y materiales, se mantuvo una fermentación intensa por el anhelo de las reformas políticas y por el odio de las clases ilustradas contra las tendencias reaccionarias de los gobiernos; tan débil se sentían en el terreno político como fuertes en el científico y literario; los escritos de la *Joven Alemania* obtuvieron, por el espíritu de oposición que reinaba, una importancia mucho mayor que su valor intrínseco; en el año 1835 (señalado por la inauguración del primer camino de hierro en Alemania) se publicaron la *Madonna* de Mundt y el *Wally* de Gutzkow, libro que valió la prisión al autor por sus ataques al cristianismo; y no obstante, otro libro que apareció el mismo año, debía dar un golpe mucho más sensible al cristianismo oficial ya entonces considerado como el sumun de todas las autoridades: era la *Vida de Jesús* de Strauss; gracias á esta obra Alemania se puso á la cabeza del movimiento que comenzó en Inglaterra y continuó en Francia en la aplicación de la crítica independiente á las tradiciones religiosas; además, la crítica histórica y filológica llegó á honrar la ciencia alemana; aquí los argumentos y las réplicas eran más fáciles de comprender que en el terreno de la especulación, y dicho libro fué también una excitación directa dirigida á cuantos se creyeran bastante instruidos para juzgarle; lo que aún quedaba de las opiniones intermedias penetradas del ideal, pero indecisas, de la época anterior del romanticismo y del racionalismo, vino á estrellarse contra las cuestiones críticas que desde entonces fueron dueñas del campo de batalla; la división de los espíritus se hizo más radical.

De 1840 á 1850 el impulso de los ánimos hacia las reformas llegó á ser agresivo; ya no se contentaban con la libertad de la palabra ni con emitir un pensamiento audaz; se declaraba absolutamente insoportable el orden de cosas existentes; después que Ruge dió la señal en los *Anales de Halle*, las tendencias á la libertad política se unieron á las tendencias científicas y socialistas de diversos matices para agrupar las fuerzas de la oposición en columna de ataque; la clerecía fué principalmente el blanco de las hostilidades; también se consideraron, por lo general, las ideas materialistas como auxiliares preciosos, aunque el hegelianismo y la crítica racionalista combatían en la vanguardia.

En religión se indignaban sobre todo contra la manía siempre creciente de rehabilitar el pasado y las amenazas de encadenar á la ciencia; y en política se sublevaban contra los ensayos intentados por un romanticismo nebuloso para reanimar las ideas de las edades precedentes; se habría podido creer que una aspiración científica, en lucha con las trabas impuestas por el poder, era el secreto de la tensión que debía terminar en una crisis próxima; como siempre, el movimiento se hizo más idealista á medida que progresaba más; se apeló á las armas de la religión y la poesía; la poesía política alcanzó su apogeo; el catolicismo alemán inició la ruptura; después una serie de tempestades atravesó la Europa entera, y los odios, largo tiempo reprimidos, estallaron á la vez en 1848. Si el materialismo había desempeñado su papel al comenzar la lucha, se oscureció completamente detrás de las tendencias idealistas en la hora de los combates decisivos; el triunfo de la reacción llevó á los espíritus á ocuparse con nuevo entusiasmo en la cuestión materialista y á discutir en todas sus fases el pro ó el contra, aunque muy superficialmente.

Ya se había podido observar muchas veces en Alemania una transformación sui géneris en la tendencia gene-

ral del movimiento progresista; después de un periodo durante el cual ciertas ideas dominantes reúnen todas sus fuerzas para un ataque común, viene otro en que cada trabajador se concentra en su especialidad; así es como se vieron nacer, en número siempre creciente, los congresos, las excursiones, las fiestas generales de Alemania, las reuniones centrales para todas las profesiones y en favor de todas las aspiraciones posibles, y, por el espíritu de asociación, formóse silenciosa y prácticamente un nuevo poder social. Mas, con extraña energía, surgieron los intereses materiales después de la tempestad idealista y política del año 1848 cual los primeros síntomas de un reflujo acentuado; Austria, quebrantada hasta en sus fundamentos, buscó una seria regeneración por la senda de los progresos industriales; con ardor febril, Buck, construyó caminos y caminos, y, uno tras de otro, se presentaron y resolvieron tratados, especulaciones y medidas financieras, á lo que siguió inmediatamente la actividad privada.

En Bohemia se explotaron las minas de hulla y se construyeron ferrieras y ferrocarriles; en el Sur de Alemania la industria algodонера tomó un vuelo grandioso; en Sajonia casi todas las ramas de la metalurgia y de la fabricación de tejidos se desarrollaron en mayor escala que nunca; en Prusia se lanzaron con desesperado ardor á la explotación de las minas y los trabajos de ferrería; hulla y hierro fueron las palabras de orden de la época; Silesia, y más aún, la provincia del Rhin y Westphalia, rivalizaron con Inglaterra; en el espacio de diez años el reino de Sajonia dobló su producción de hulla; la provincia del Rhin y Westphalia triplicaron la suya; Silesia redobló el valor de hierro en bruto y se quintuplicó en la parte occidental de la monarquía prusiana; el valor de los productos de las minas se triplicó, y los productos de las fábricas siguieron la misma progresión; se apropiaron los caminos de hierro para el transporte de las mercan-

cias en grandes masas y los trenes aumentaron de un modo considerable; los armadores prosperaron y las exportaciones se desarrollaron prodigiosamente; aunque no había Parlamento, se trabajó por establecer la unidad alemana por medio del peso y la moneda; rasgo característico, la organización del cambio fué la única medida que recordó las grandes tendencias unitarias.

A los progresos materiales correspondieron los de las ciencias físicas; la química, sobre todo, se halló cada vez en relación más estrecha con las necesidades de la vida; desde entonces se hubieran podido satisfacer con los hechos positivos, principalmente con los resultados útiles debidos á las precisadas ciencias y, como Inglaterra, someterse para lo demás á una ortodoxia cómoda y vacía de pensamientos; éste hubiera sido el materialismo práctico en toda su perfección, porque nada economiza seguramente más nuestras fuerzas para hacerlas lucrativas, nada consolida más el amor insaciable de los goces, nada pone al corazón más al abrigo de los odiosos accesos de la piedad y la duda, relativamente á nuestra perfección, que esta inercia completa del espíritu que desecha como inútil toda meditación sobre el encadenamiento de los fenómenos y sobre las contradicciones que surgen entre la tradición y la experiencia.

Alemania no podrá nunca librarse por completo de este materialismo; su antigua inclinación por las creaciones artísticas no se detiene ni descansa jamás; se habrán podido olvidar momentáneamente las aspiraciones unitarias de la patria, pero no las aspiraciones unitarias de la razón; esta arquitectura nos llega más al alma que la de nuestras catedrales de la Edad Media; cuando el emprendedor negocia y el filósofo oficial duerme, la libertad industrial trabaja con ardor en el intervalo, y químicos y fisiólogos echan mano de la metafísica; Alemania es el único país de la tierra donde el boticario no puede preparar un medicamento sin interro-

garse sobre la correlación de su actividad con el conjunto del universo; esta tendencia ideal es la que, mientras la filosofía se quedaba en el atolladero, ha suscitado entre nosotros la polémica materialista, recordando á las masas de «hombres instruidos», demasiado fáciles de contentar, que más allá de la costumbre cotidiana del trabajo y de la experimentación existe todavía un dominio ilimitado cuyo ambiente refresca al espíritu y ennoblecce el corazón.

Siempre habrá un mérito que atribuir á la ciencia física alemana de nuestros días: según sus fuerzas y su inteligencia, recogió el guante que ofensores audaces de la razón habían arrojado á la ciencia; la prueba más convincente de la debilidad y del envilecimiento de la filosofía fué su silencio en la época en que los miserables favoritos de indignos miserables soberanos quisieron condenar al pensamiento á retroceder en su camino. Verdad que los sabios que estudian la naturaleza fueron provocados hasta por hombres salidos de sus mismas filas, los cuales, sin la menor razón científica, se sintieron impulsados á resistir al sistema predominante en el estudio de la naturaleza; la *Gaceta Universal* de Angsbourg, que descendió hasta entregar la redacción de sus folletines, menos accesibles en otro tiempo, á profesores de una ciencia de segundo orden, pudo gloriarse de haber comenzado esta lucha; en los comienzos del año 1852 trajo las *Cartas fisiológicas* de R. Wagner; en Abril, Moleschott firmó el prefacio de la *Circulación de la vida*, y en Septiembre, Vogt decia, al publicar sus *Cuadros de la vida animal*, que ya era tiempo de enseñar los dientes á la manía autoritaria que se consideraba como triunfante.

De los dos campeones de la tendencia materialista, el uno era el heraldo de la filosofía de la naturaleza y el otro un ex regente del imperio, es decir, un idealista desesperado; estos dos hombres, que no estaban desprovistos de la pasión de las investigaciones personales, brillan sobre todo por su talento en la exposición; si Vogt es más claro

y más preciso en los detalles, Moleschott concibe y compone mejor sus vistas de conjunto; Vogt se contradice con frecuencia y Moleschott es más rico en fórmulas, á las que no se puede en general atribuir sentido alguno; la principal obra de Vogt en esta polémica (*La fe del carbonero y la ciencia*) no apareció hasta después del Congreso de los naturalistas de Goettinga (1854), que renovó el espectáculo de las grandes disputas religiosas del tiempo de la Reforma; en lo más recio de la pelea (1855) apareció *Fuerza y materia*, de Büchner, libro que produjo quizá más sensación y provocó las críticas más vivas que ninguna otra publicación de ese género; debemos rechazar enérgicamente las acusaciones de inmoralidad lanzadas contra Büchner á propósito de la primera edición de su opúsculo, como tampoco podemos reconocer la pretensión de Büchner en lo de la originalidad filosófica; comencemos, pues, por examinar las condiciones que quiso imponer á la filosofía.

En el prefacio, después de haber razonado su menosprecio por todo lenguaje técnico de filosofía, Büchner se expresa del modo siguiente: «Por su naturaleza, la filosofía es un dominio intelectual común á todos; las demostraciones filosóficas que no pueden ser comprendidas por todos los hombres instruidos no valen, en mi opinión, la tinta tipográfica que se emplea en imprimirlas; lo que se piensa claramente, claramente y sin ambages debe ser enunciado.» Büchner da aquí una definición completamente nueva de la filosofía, aunque muy poco precisa; lo que se ha denominado filosofía hasta el presente no fué nunca un dominio común á todos, y no podía ser comprendida por todos los «hombres instruidos», por lo menos sin estudios preparatorios, vastos y profundos; los sistemas de Heráclito, Aristóteles, Espinosa, Kant y Hegel exigen grandes esfuerzos, y si todo lo que dicen no es igualmente inteligible, puede ser también culpa de esos filósofos; es claro que á los ojos de nuestros predecesores

esos sistemas valían más que la tinta tipográfica, sin la cual no hubieran sido impresos, ni vendidos, ni pagados, ni elogiados, ni, sobre todo, leídos con tanta frecuencia.

Pero es evidente que Büchner sólo se dirige á los vivos en la acepción más temeraria de la frase; en cuanto á la importancia que esos sistemas pudieron tener en el pasado, no hay para qué preocuparse de ello; no se pregunte qué influjo ha ejercido ese pasado en el presente y si un proceso ó desenvolvimiento necesario no habrá, por ventura, unido las ideas de nuestra época á los esfuerzos de dichos filósofos; se deberá, no obstante, admitir que Büchner deja á la historia de la filosofía toda su importancia, porque, como muchos objetos de la naturaleza, el pensamiento humano es también digno de estudio, y, en tal caso, no ha de limitarse á los productos más fútiles de la actividad intelectual; Büchner mismo ha escrito un artículo acerca de Schopenhauer con el solo fin de dar al público una idea del sistema de este filósofo; en él reconoce que todavía hoy Schopenhauer «ejerce una poderosa influencia en la marcha de nuestro desenvolvimiento filosófico actual», y, sin embargo, Schopenhauer es el representante de un idealismo que, comparativamente al de Kant, se puede tachar de reaccionario, y que, además de esto, no es fácil de comprender.

Büchner no se contenta con reclamar una exposición mejor y más inteligible de la filosofía, pues lo que hasta aquí se ha designado con ese nombre entraña cuestiones que aun los términos más populares no llegan á ser más claros, porque la dificultad no está en las palabras, sino en las cosas; seríamos completamente de la opinión de Büchner si se tratase de reconocer que el espíritu del tiempo reclama imperiosamente la supresión absoluta de lo que se llama enseñanza esotérica; sin duda la mayor parte de los filósofos estarían destituidos de fundamento, si el radicalismo de sus opiniones reales hubiera sido tan evidente como la flexibilidad que despliegan con frecuen-

cia, gracias á los subterfugios más extraños, en las aplicaciones prácticas de sus ideas, pero aun esto mismo no habría sido una gran desgracia para la marcha progresiva de la humanidad.

Kant, que era hombre de nobilísimos pensamientos, y que además podía apoyarse en el gran rey (Federico II) y en el esclarecido ministro Zedlitz, había conservado, no obstante, los viejos principios esotéricos para considerar verbi gratia el materialismo, á causa de la inteligibilidad de esta doctrina, como más peligroso que el escepticismo, que supone un número mayor de principios poco conocidos; el profundo radicalismo, particularmente en Kant, ya por la dificultad del punto de vista ó bien por la obscuridad del estilo, ha quedado de tal suerte oculto, que sólo se revela por completo á los estudios más perspicaces y más exentos de preocupaciones; Büchner habría encontrado en ellos, para uso de los pensadores modernos, mayor número de materiales útiles que en Schopenhauer si se hubiese tomado la molestia ó el valor de lanzarse en el estudio de Kant; aunque obligados á ser de la opinión de Büchner en lo de pensar que se debe terminar para siempre con las obscuridades calculadas que se amontonan ante los ojos de los profanos, ni esperamos ni deseamos la eliminación definitiva de los obstáculos de que las cuestiones filosóficas están erizadas por virtud de su misma esencia. De una parte encontramos la lógica irresistible del gran movimiento democrático, que no consiente ya á los apóstoles del racionalismo y del libre pensamiento tener secretos en su poder y quiere que las masas participen de los resultados de los esfuerzos realizados por la humanidad entera; y por otra comprobamos el deseo, á pesar de esta consideración de la necesidad de las masas, de no dejar empobrecer la ciencia é impedir tanto como sea posible la destrucción de la cultura moderna por la conservación intacta de los tesoros de la sabiduría filosófica.

Esta publicidad, en lo que concierne á las consecuencias de la doctrina filosófica, es menos reclamada á título de concesión al gran número de los «hombres instruidos», que como medio auxiliar de emancipación para un número de individuos mucho más considerable y para las capas inferiores de la sociedad, que poco á poco van llegando á la conciencia de su grandiosa misión; en cambio, nuestras «clases ilustradas» están tan estragadas en su brillante frivolidad, que es inútil hacer brillar ante sus ojos la idea de que toda filosofía está á su inmediato alcance como al de los filósofos más célebres; si se quiere dar el nombre de filosofía á la instrucción que el pueblo recibe en las conferencias que se le dan (instrucción suficiente todo á lo sumo para preservarle de las más groseras supersticiones), sería entonces preciso una nueva denominación para la filosofía que constituye la teoría general de todas las ciencias; ¿se negará que en tal sentido, y desde el punto de vista en que la ciencia actual se ha colocado, sea posible aún una filosofía?

Por lo demás, la aserción de que todo lo que claramente se concibe puede ser expresado del mismo modo, por verdadera que sea en el fondo, pudiera conducir á lamentables abusos; ciertamente el gran Laplace ha dado en su *Teoría analítica del cálculo de las probabilidades* un modelo acabado de exposición clara, y, sin embargo, sólo un pequeño número de aquellos que en interés de la cultura general de sus facultades han adquirido un ligero tinte de las matemáticas, se encontrarán en estado de comprender dicha obra aun á costa de algunos esfuerzos; además, en matemáticas los pocos conocimientos las hacen ininteligibles, como le ocurre con una lengua extraña al que no está familiarizado con las nociones que oye exponer; algo semejante puede pasar en filosofía; así, entre otras pruebas, podemos señalar que no existe una sola rama de las matemáticas que no se preste á una exposición filosófica; Laplace ha sometido á una exposición filo-

sófica hasta los primeros elementos del cálculo de las probabilidades, y esta obra es mucho más inteligible que la teoría analítica, no porque sea filosófica, sino porque trata de los elementos fundamentales; á pesar de todo esto, el *Ensayo filosófico sobre las probabilidades* pudiera ofrecer graves dificultades á muchos hombres instruidos.

Es verdad que se puede objetar en favor de Büchner que la filosofía no es sólo la quinta esencia de las ciencias y la última palabra de la comparación de sus resultados, sino también introducción y preparación; ya la escolástica interpretaba la filosofía en este último sentido, y nuestras universidades han conservado hasta los tiempos presentes la costumbre de preceder los estudios especiales por lecciones de filosofía; pero en Inglaterra y Francia se ha confundido con frecuencia la exposición filosófica de las cosas con los relatos inteligibles para el pueblo; de ahí viene también que Büchner en Alemania sea estimado sobre todo como escritor polemista popular, en tanto que en Francia é Inglaterra son más dados á concederle el título de verdadero filósofo.

Uno de los ejemplos más notables de la relatividad de nuestras ideas, puede encontrarse en el hecho de que las cualidades que hacen á Büchner más claro para la masa del público, son precisamente lo contrario de lo que la ciencia, en su acepción estricta, designa con el nombre de claridad; si Büchner, por ejemplo, hubiese tomado la idea de *hipótesis* en la acepción científica, probablemente no le habrían comprendido muchos de sus lectores, en atención á que es menester una cultura lógica muy considerable, con algunas nociones de historia de las ciencias, para definir esta idea de suerte que sea comprensible á un espíritu perspicaz; pero en Büchner «hipótesis» significa toda especie de suposiciones no justificadas, como, por ejemplo, las proposiciones deducidas de la especulación filosófica (37); á la palabra «materialismo», Büchner la da ya el sentido que la historia la atribuye

ó bien la hace sinónima de «realismo» ó «empirismo», encontrándose hasta pasajes donde dicho término (el más positivo de todos los términos filosóficos) está empleado en un sentido puramente negativo y coincidiendo casi con escepticismo; la significación de la palabra «idealismo» varía más todavía, á menudo parece casi sinónima de «ortodoxia»; esta vaguedad en la significación hace parecer precisamente dichas ideas claras á aquellos que, no conociendo su exacto alcance, tienen, no obstante, precisión de hablar de ellas; sucede, por decirlo así, como con el efecto de los anteojos, según las diferencias de las distancias y de la vista de cada cual; el que en estas cuestiones ve más lejos con sus propios ojos lo encuentra todo más apagado al través de los anteojos de Büchner; por el contrario, el miope se imagina ver muy claro con esos anteojos y, efectivamente, distingue mejor que con sus propios ojos; desgraciadamente esos anteojos lo exageran todo demasiado!

Büchner se obstina en considerar siempre como simples las verdaderas doctrinas de los filósofos, porque ha observado que en la vida se ligan con frecuencia, por su tendencia conservadora, á los groseros errores de la vida cotidiana; así, en particular, el capítulo de las ideas innatas sólo puede recordarnos vagamente las flores retóricas de un predicador ignaro ó los periodos sospechosos de un libro de lectura destinado á los niños aplicados, en tanto que en la filosofía moderna en vano trataríamos de encontrar un autor que realmente sostenga las doctrinas que Büchner ataca; puede verse un justo castigo en esta corrección infringida á la duplicidad de nuestros filósofos, que son afrentados en plena calle sin que el público, entregado á sus propios sentimientos, experimente por ellos la menor simpatía.

Si Büchner es indeciso y arbitrario en el empleo de los conceptos particulares, no puede naturalmente ser considerado como el representante de un principio claramente

expresado, determinado y positivo. No tiene pelos en la lengua, es inexorable y lógico en la negación; pero esta negación, fuertemente acentuada, no es en modo alguno el producto de una inteligencia seca y puramente crítica, procede más bien de un entusiasmo fanático por el progreso de la humanidad y por el triunfo de lo bello y lo verdadero; ha estudiado bastante los obstáculos que se oponen al progreso para atacarlos con un ardor implacable; es cierto que también muchas cosas inofensivas le parecen sospechosas; pero todo lo que no es sospechoso, todo lo que á sus ojos no es ninguna bribonada, todo lo que no es una traba suscitada por la malevolencia al progreso científico y moral, cree poder utilizarlo.

Büchner es idealista de nacimiento; pertenece á una familia dotada de poesía; uno de sus hermanos, muerto prematuramente, era como poeta una grande esperanza; su hermana, Luisa Büchner, es conocida generalmente por su talento literario y por sus colecciones de poesía de las mujeres alemanas; él mismo (comparable en esto á la Mettrie) se distinguió siendo alumno por sus estudios literarios, filosóficos y prácticos, y por la brillantez de su estilo; por obedecer á su padre, se consagró á los estudios médicos; desde este punto de vista puede compararsele á su antecesor francés antes citado, porque desde el principio se afilió al partido de la escuela racionalista en medicina; más serio y más sólido que la Mettrie, aplicó en seguida su rico y múltiple talento, ya á las investigaciones científicas ó bien á la vulgarización, verbal y escrita, de los resultados adquiridos en nuestros días por las ciencias físicas; en todo el curso de su actividad, nunca perdió de vista las relaciones de sus estudios con los grandes problemas que la humanidad, en su marcha progresiva, tiene el deber de resolver.

Aunque Büchner, influido por Moleschott, á quien imita la manera enfática y el estilo declamatorio, haya profesado un acentuado materialismo, su tendencia real

(tanto cuanto puede juzgarse de los párrafos más ó menos contradictorios de sus escritos) no es menos *relativista* (38); los enigmas finales de la vida y de la existencia, dice muchas veces, son completamente insolubles (39); en cuanto á las investigaciones empíricas, que son las únicas que pueden conducirnos á la verdad, no nos permiten admitir nada suprasensible; si nuestro pensamiento franquea los límites de la experiencia, caemos sin remedio en el error; la fe, que desde tal instante nada tiene que disputar á los hechos, puede volar á su gusto por esas regiones, pero la razón ni puede ni debe seguirla; la filosofía ha de ser el resultado de las ciencias físicas: debemos contentarnos con lo que éstas nos enseñan, tanto más cuanto que por este camino llegaremos á puntos de vista más profundos. Es de observar que Büchner no quiere admitir la importancia poética y simbólica de las tesis filosóficas ó religiosas; en lo que toca á estas cuestiones ha roto con sus tendencias poéticas y, desde este momento, no conoce más que lo verdadero y lo falso; niega también todo fondo á la especulación, á la fe religiosa y aun á toda poesía que exprese un pensamiento en estilo exornado de imágenes.

Moleschoff y Büchner dan á menudo pruebas de una sagacidad grande y verdaderamente filosófica en la dilucidación de esta ó aquella cuestión; pero á dicha sagacidad suceden á veces trivialidades inconcebibles; así, por ejemplo, en *Fuerza y materia*, de Büchner, la mayor parte del capítulo «del pensamiento» es un modelo de dialéctica circumspecta; esto, á decir verdad, no es más que un fragmento, porque la excelente crítica de la famosa aserción de Vogt acerca de las relaciones del pensamiento con el cerebro, concluye en el dualismo completo de la fuerza y la materia, dualismo que no viene á parar después en ninguna tentativa de conciliación, sino que desaparece sencillamente bajo la rápida sucesión de las frases. «El pensamiento, el espíritu y el alma, dice Büch-

ner, no son nada material, no son ni aun materia, sino un conjunto de fuerzas diversas convertido en unidad, el efecto del concurso de muchas materias dotadas de fuerza ó de propiedades;» compara este efecto al de una máquina de vapor, en la cual la fuerza es invisible, inodora é intangible, mientras que el vapor libre es cosa secundaria y no tiene nada que ver con el «fin de la máquina»; una fuerza cualquiera no puede «revelarse» (ó como decía la primera edición con mucha más lógica en las ideas: *constrüda id. col. ments*) más que por sus manifestaciones; la fuerza y la materia son inseparables, pero el pensamiento establece una gran distancia entre una y otra, «llegan hasta negarse una á otra. No sabríamos cómo definir la inteligencia y la fuerza sino como inmateriales, excluyendo, naturalmente, la materia ó siéndole opuestas».

No ha menester más el más creyente espiritualista para fundar todo su edificio sobre esta base, y de nuevo se puede ver aquí claramente cuán poco justificada está la esperanza de que la sola propagación de la concepción materialista de la naturaleza, ayudada de todos los conocimientos que la sirven de sostén, extirpará un día las ideas religiosas y supersticiones hacia las que el hombre se inclina por motivos que penetran en él mucho más hondo que su opinión teórica acerca de los fenómenos de la naturaleza. La unión indisoluble de la fuerza y la materia está suficientemente demostrada por la naturaleza visible y palpable; pero si la fuerza es esencialmente algo suprasensible, ¿por qué en un mundo incoercible para nuestros sentidos no existirá por sí misma ó combinada con substancias materiales? Los antiguos materialistas comprendieron la cuestión con infinitamente más claridad y lógica que Büchner cuando referían toda fuerza al movimiento, á la presión, al choque de la materia; y así lo han hecho, sobre todo Toland de una manera admirable, cuando conciben la materia como muda en sí y el reposo como no siendo más que un caso especial del movimiento.

Pero abstracción hecha de las dificultades que resultan para la demostración de esta teoría de la física moderna con sus efectos á distancia completamente incomprensibles, queda otro punto que embaraza igualmente todos los sistemas materialistas; sólo que esta dificultad queda mejor disimulada en la vaga concepción de Büchner, que mezcla confusamente la fuerza mecánica y el espíritu; en efecto, Büchner se ha formado toda su concepción cósmica y ha redactado su obra principal sin conocer la ley de la conservación de la energía; cuando la conoció la consagró un capítulo especial y la colocó sencillamente entre los nuevos soportes de su concepción materialista del universo, sin esclarecer de nuevo con la luz de esta importante teoría todas y cada una de las partes de su edificio; sin esto habría fácilmente descubierto que los fenómenos del cerebro deben también estar estrictamente subordinados á la ley de la conservación de la energía, y de la misma suerte, como más tarde lo demostraremos al detalle, todas las fuerzas llegan á ser invariablemente fuerzas mecánicas, movimientos y tensiones; también se puede construir mecánicamente el hombre entero con todas las manifestaciones de su actividad intelectual; todo lo que ocurra en el cerebro será presión y movimiento; pero de ahí al «espíritu» ó aun á la sensación consciente, el camino es tan largo como de la materia al espíritu.

Büchner no ha llegado apenas á la claridad en este punto; esto es lo que prueba un suplemento raro que ha dejado deslizarse en las ediciones siguientes y que mantiene toda la confusión relativa al espíritu y la fuerza; halla que el cerebro, que produce un efecto tan especial como el espíritu, es el único de todos los órganos que se fatiga y tiene necesidad de dormir, y esta circunstancia motiva á sus ojos una distinción esencial, no sólo entre los órganos, sino también entre la actividad psíquica y la actividad mecánica en general; piensa después en los

músculos y, con una ligereza casi imperdonable en un fisiólogo, añade: «Se puede decir que tanto los órganos como el cerebro se ponen en movimiento mediante el sistema nervioso animal y, por consecuencia, de los músculos voluntarios». Pero los músculos se fatigan también cuando las fuerzas de tensión acumuladas se emplean todas, mientras que el cerebro puede durante mucho tiempo todavía enviarles nuevas excitaciones de trabajo; he ahí un hecho en el cual evidentemente no ha pensado Büchner.

La causa que ha impedido á hombres tan bien dotados y tan sinceros en sus tendencias como Moleschott y Büchner profundizar su asunto, no se halla, sin duda, en su intención primera de reemplazar la filosofía con una exposición y discusión populares, porque, aun proponiéndose este último fin, se pueden satisfacer exigencias más elevadas, y la exposición popular puede tener realmente un valor filosófico sin faltar al programa de la filosofía; pero entonces sería menester fundar por lo menos la exposición sobre una concepción lógica y clara, lo que no hacen por lo general nuestros materialistas; pudiera encontrarse la razón de esto en la influencia de la filosofía de Schelling-Hegel.

Hemos llamado más arriba á Moleschott el heraldo de la filosofía de la naturaleza, y lo hemos hecho á sabidas; no lo es por haber, en su juventud, estudiado á Hegel y prestado homenaje después á Feuerbach, sino porque esa tendencia es visible en su materialismo, que se tiene por tan lógico, y aun en los puntos decisivos de la metafísica; se puede decir de él lo que de Büchner, que da con frecuencia como autoridad á Feuerbach, pensador poderoso y apasionado, pero perfectamente oscuro, y que después, con sus propias aserciones, se extraía á menudo en un vago panteísmo.

El punto de que principalmente se trata puede precisarse muy bien: es, por decirlo así, la caída de la manza-